



Rdo. Padre

OSVALDO CARLOS FONT

S.D.B.

Falleció el 5 de diciembre de 1981

INSPECTORIA "NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO"

Rosario - Argentina

Rosario, junio de 1982.

El RDO. PADRE OSVALDO CARLOS FONT, S.D.B., tal como gustaba y solía presentarse rubricando sencillamente su identidad, había nacido en la ciudad de Buenos Aires el 28 de febrero de 1923 y en la misma urbe fallecía el 5 de diciembre de 1981.

El tránsito hacia la Casa del Padre Celestial lo sorprendió en plena madurez de su vida (58 años), de su salesianidad (38 de profesión) y de su sacerdocio (31 de consagrado), cuando aún mucho podía esperarse de su actividad apostólica, no obstante la cruel enfermedad que desde tiempo minaba su salud y que lo llevó inexorablemente a la muerte.

Remontarnos a sus orígenes familiares es corroborar plenamente su vocación al sacerdocio y a la vida salesiana. Sus progenitores, Ramón J. Font y Adelaida V. Radice, formaron uno de esos hogares de típico corte cristiano a carta cabal, y, ambos exalumnos de D. Bosco, supieron dar a sus hijos esa impronta netamente salesiana, sobre todo con un magnífico testimonio de vida en las filas de la Acción Católica y en el compromiso coherente y batallador del Movimiento de los Exalumnos, ya en la Capital Federal como especialmente en esta ciudad de Rosario. "Nuestro querido Presidente del Secretariado Regional está que expande alegría... No es para menos... Don Bosco lo premia por sus trabajos y desvelos, devolviéndole un hijo que le entregara años atrás a la Congregación, hecho un sacerdote", se lee en el semanario "La Verdad" de la Parroquia de San Juan Evangelista, de la Boca, del 7-X-1950.

Así ellos los padres, que aún viven, ya muy ancianitos, pudieron ver en su hijo Osvaldo sacerdote, el galardón anticipado a sus nobles ideales por la causa de Cristo.

Corría el año de 1930. La familia se traslada a Rosario y Osvaldo ingresa en el Colegio San José; hace la Primera Comunión el 24-V-1930 y allí mismo cursará toda la escuela primaria y la secundaria hasta graduarse de bachiller nacional en 1940. Fue la aurea época de un singular despertar vocacional. Paralelamente cultivado en la vida de Dios, brotó su vocación de tal suerte que, en 1941 es postulante y al año siguiente, novicio en Los Cóndores (Cdb.). Viste el sagrado hábito la domínica in Albis, recibiéndola de mano del inolvidable P. Inspector Don Guillermo A. Cabrini, en el mismo Colegio San José —"el colegio Máximo", en frase del citado padre—, rodeado de sus familiares y condiscípulos.

Su trienio transcurre en Vignaud y Gral. Belgrano, de Tucumán. De éste conservará gratísimos recuerdos al con-

tacto de ese gran formador que fuera el P. Pedro Garnero de feliz memoria.

Profesa los votos perpetuos el 31-I-1946 y corona los estudios teológicos con la ordenación sacerdotal, el día 25 de octubre de 1950, consagrado en Rosario, por el entonces Cardenal Ernesto Ruffini, Legado Pontificio para el Vº Congreso Eucarístico Nacional.

De allí en más, en su curriculum apostólico, se connotan estas obediencias: Corrientes (51-54), Paraná (55-64), Rosario (65-76), San Nicolás (68), Santa Fe (69-70), Curuzú Cuatiá (71-78), Concepción del Uruguay (79-81). En 1981, por graves razones de salud y de mejor atención médica, vive con sus padres a quienes asiste en su ancianidad, pero sin perder contacto con el P. Inspector y la Inspección.

Salvo el caso de haberse desempeñado una vez como consejero, catequista y teniente cura respectivamente, su capacidad de trabajo la volcó enteramente —pero sin nunca dejar la docencia— centrándola en el Oratorio, del que incluso fue nombrado Director. Fue su fuerte. Asesoró sin desmayos, donde lo había, el Batallón de Exploradores de Don Bosco. Con el Oratorio se identificó y por él insumió horas y horas de la jornada, y es en esta perspectiva donde mejor encuadra su personalidad apostólica, para un perfil estimulante y a la vez meritorio:

—Como hombre: manifestó siempre una gran sensibilidad por todo lo que fuera buen trato, cordialidad, pequeñas atenciones, etc., doliéndose en cambio por todo lo contrario. Conservó un sentido amor a la familia de sangre marcado sobre todo por una presencia eficaz de bien y paz; de una carta de parientes extractamos: “Tu valiosísima ayuda... tu comprensión y paciencia... inculcando en tu corazón de buen sacerdote la gran virtud del amor al prójimo”.

—Como Salesiano: supo cultivar una grande estima por cuanto fuera amor a Don Bosco, tradición salesiana; así guardó muchas reliquias de santos salesianos, libros, folletos anecdóticos, apuntes, etc. Por lo mismo buscó multiplicarse con creatividad en la prestidigitación, en la música, en el arte, para hacer más interesante su presencia en el Oratorio. En realidad esta lección de vida supo beberla allá en sus mocedades, cuando era joven estudiante del bachillerato, frecuentando el Oratorio Domingo Savio junto con otros dos íntimos amigos y luego, también como él, salesianos y sacerdotes: Claudio Fontana y Jorge S. Alais (“su mejor amigo” y a quien por imprevisibles designios supliría en el mismo lugar y oficio donde muriera).

—Como religioso: su tenor de vida era de hacer todo "según está mandado" y no guiándose por interpretaciones personales. Conocía muy bien, entre otras cosas, las rúbricas de las celebraciones litúrgicas.

Fue su deseo poder brindarse más y más. Por una carta del P. José Reyneri del 11 de agosto de 1943, supimos de su pedido de "consagrarse para la gloria de Dios y bien de las almas, en las misiones de la Patagonia".

La salud, en los últimos años se lo impidió: una esclama muy molesta en casi todo el cuerpo a guisa de cilicio en carne viva (e ignorada de la Comunidad) y la implacable diabetes que lo condujo a la tumba.

—Como Docente: fue puntual, exigente y a la vez comprensivo. Buscó siempre la forma de actualizarse en sus asignaturas básicas mediante cursos, revistas, libros, etc. El orden fue norma constante de su vida: planificaciones minuciosas de las clases, abundante material de consulta o bien para el Oratorio, hasta los recuerdos, fotos y asuntos personales, todas las cartas de obediencia recibidas, las licencias eclesiásticas, y las radiografías y análisis para una faz terapéutica, etc.

A modo de colofón, vaya este juicio entresacado de una carta de un exalumno: "Padre, lo extraño mucho. Usted era muy bueno, pero muy bueno".

De esta manera dispuesto, afrontó la muerte y dio el paso decisivo. Pudo todavía hacer con los Hermanos de Rosario los ejercicios espirituales, en julio, pero muy decaído y como presintiendo el fin.

El P. Blas M. Prieto le administró los últimos sacramentos y en sus brazos, serenamente expiró. El velatorio de sus restos tuvo lugar en la Casa Inspectorial de Buenos Aires y fue cita ininterrumpida de familiares, exalumnos, muchísimos salesianos, entre los cuales nuestro personal de formación residente en esa ciudad capital.

Queremos destacar la fraterna presencia y ayuda de los Salesianos de la Casa Inspectorial (especialmente en la persona del entonces Inspector P. Isidro Casanova y del Ilorado P. Lescano, economo) y de las Comunidades aledañas; lo cual de corazón agradecemos en nombre de los mismos familiares como de la Inspectoría de Rosario.

Con vivísimas plegarias imploramos por el eterno descanso del P. Font: él nos precedió dejándonos el testimonio de su vida, pero con una vacante más; quiera el Señor cuanto antes cubrirla con nuevos operarios para consuelo de quienes aún peregrinamos con mucha Fe y Esperanza y se suscriben en D.B.S.

Hermanos en la Congregación